

CAPITULO XIX.

Desenlace.

La magnífica casa de campo del Gobernador de Varinas en San Fernando de Apure, ostentaba un brillo festivo y extraordinario, y nada se había omitido para imprimir á este hermoso sitio el sello de la belleza mas espléndida, tanto en su interior como en su exterior. Los aposentos se hallaban adornados con las mas hermosas y esquisitas plantas, trasformándose así en pequeños bosques de odoríferas flores; aves de las especies mas raras se veían en hermosísimas jaulas; entre aquellas los dos papagayos favoritos de Arabela.

Algunos pequeños monos, entre los cuales se hallaba Tití, el antiguo amigo de la casa, se manifestaban muy alegres, como si conocieran la significacion de la fiesta, que en aquel dia se iba á celebrar.

En efecto, la hermosa y amable Arabela, hermana del Gobernador, que había vuelto felizmente de su cautiverio de entre los Caribes, iba á celebrar su enlace matrimonial con el jóven Soto.

Nada hay en las peripecias de la vida que impresionas, que el aspecto de un sér femenino y delicado luchando como un héroe con la desgracia. Cada golpe, cada dolor, es mas sensible para la mujer que para el hombre; pero la primera, cuando es de alma grande, se asemeja á uno de esos árboles de la India, que inclinando sus ramas hasta la raíz, impelidas por una horrible tempestad, se levantan luego orgullosamente; así la mujer, despues de haber sido agobiada con el enorme peso del infortunio, hace un esfuerzo supremo, ayudada de su espíritu enérgico, y vuelve á erguirse como si nada le hubiera acontecido.

Arabela había probado que no siempre se puede llamar débil á su sexo, á no ser que se trate solamente de su parte física; pero si se entiende por fuerza varonil la paciencia, la energía de alma y una voluntad firme y decidida, entónces muchas mujeres han sobrepujado á los hombres en este respecto.

Jóvenes que como Arabela han visto la muerte voluntariamente y cara á cara, tienen doble derecho á una vida larga y feliz.

El Gobernador había hecho trasformar uno de los cuartos de la casa en capilla, y allí tuvo lugar la ceremonia nupcial. Arabela, cubierta con un magnífico traje de raso blanco, y envuelta en un finísimo velo del mismo color, que cual nube vaporosa pendía de su cabeza, adornada con la virginal corona de mirtos, parecia mas hechicera que nunca, al lado del gallardo jóven Soto, vestido con el riguroso uniforme de capitán del ejército español. Junto á ella, con vestido tambien blanco, y cubierta la cara con un denso velo, estaba Julia, arrodillada, siendo aquella la primera vez que de-

jaba su aposento inmediato al de Arabela. Desde la fiesta de la boda forzada en el campo de los Caribes, se hallaba poseída de melancolía, y solo en la oración encontraba alivio.

El Gobernador, Humboldt y Bonpland, D. Juan de Reinaga y D. Antonio Enriquez, así como una multitud de hacendados de los alrededores, de empleados del Gobierno y de habitantes de San Fernando, presenciaban la augusta ceremonia, en la cual el Padre Acosta predicó un sermón bastante elocuente, cuyas palabras procedían de los sentimientos más íntimos de su corazón, relativamente á la fuerza de un verdadero amor. Manifestó que este amor reposaba en una alma infantil, pero fuerte. Habló del amor como de un eterno conciliador entre lo divino y lo humano, y expuso que este mismo amor tomaba bajo su égida á la humanidad, dejándola descansar de todas las luchas, heridas y cicatrices, que ocasiona la vida al individuo, y de que al fin salía como una mariposa de todas sus metamorfosis, á las regiones doradas de la felicidad.

Estas palabras causaron una profunda impresión en Arabela, que rebozaba de felicidad, dando fervientes gracias al Eterno por haberla salvado de las manos de los indios.

Concluida la ceremonia, se arrojó Arabela en los brazos de su joven esposo.

El júbilo y la alegría dominaban en toda la casa, y esta alegría era tanto más sincera y desinteresada, cuanto que ninguno de los concurrentes podía negar la admiración que se conquistó Arabela por su heroico comportamiento en su cautiverio.

Solamente una persona se echaba de ménos en aquella reunión; ésta era Julia. El Padre Acosta, que fué el primero que notó la ausencia de esta joven, presumiendo que podía haberse quedado en la capilla, se dirigió á ella, donde la encontró en efecto, arrodillada delante del

altar, en fervorosa devoción, descansando su cabeza en un pequeño costalito que ella misma había relleno con..... ceniza del montón de los escombros, de lo que se llamaba antes «El Diamante.»

—Hija mía, le dijo el Padre Acosta, acercándose á la desgraciada y reprimiendo una lágrima que asomó á sus ojos; todo tiene su época y medida; también el dolor.

Julia no se movió. Luego contestó en voz baja:

—Reverendo Padre, mi cabeza descansa sobre cenizas, y mi dolor no habrá colmado la medida, sino hasta que yo también me haya convertido en polvo.

—¡No! contestó el hombre de la Iglesia. Dios es el amor; el amor es justo, y no deja sufrir á la inocencia por culpa de otros.

Siguió una pausa. Luego continuó el Padre Acosta con una dulzura que expresaba á la vez la profunda compasión que le inspiraba:

—Dios es el Padre de todos nosotros, y como tal, la sabiduría, la justicia, la bondad y la misericordia personificadas. Eleva, pues, tu alma, hija mía, porque bien puedes erguir tu frente.

—Mi vida, Reverendo Padre, será la penitencia; mi mundo.....

—Nada de precipitaciones, le interrumpió el Padre. Julia levantó la cabeza. El Padre Acosta se estremeció. ¡Cuánto habían destruido el dolor, los padecimientos y el espanto, la flor de su juventud!

En sus facciones se leía la abnegación, y..... la paz en la tumba.

—Tengo que hacer una súplica, dijo Julia siempre arrodillada.

—Levántate, hija mía, le suplicó el Padre.

—Mi apellido es Sanchez, contestó la niña en tono lúgubre, y esta ceniza es del Diamante. Llévame, pues, si es posible á un convento.

—Posible es, contestó el Padre, con dulzura: pero, ¿por qué renunciar al mundo? El tiempo cura todas las heridas. El producto de tus posesiones, hija mía....

—Es un caudal, lo sé, dijo Julia; pero me estremezco solo al pensar que esta fortuna está manchada de sangre, y además..... he renunciado á la vida..... no despedaceis mi corazon negándoos á mi súplica.

—De ninguna manera. Si la paz de tu corazon depende de este paso.....

—¡Sí!

—¿Y cuál convento eliges? preguntó tristemente el Padre Acosta.

—El de las Penitentes de la Cruz de Varinas.

El Padre se estremeció.

—Las reglas son muy severas, y las penitencias muy rigurosas.

—Y dulce es la paz que proporciona la conciencia de la contrición, dijo Julia, volviendo á reclinar la cabeza sobre el costalito de ceniza. Hago donacion de los restos del «Diamante» al convento que me reciba. ¿Me llevaréis pues, á Varinas, al Convento de Las Penitentes?

El Padre Acosta consintió, convencido de que este corazon traspasado de dolor y lleno de escrúpulos de conciencia, encontraria la paz solamente de este modo.

En efecto, al siguiente dia partió en silencio á Varinas, llevándose á Julia al convento que habia elegido como asilo, por el restó de su vida.

Pero tambien para Humboldt y Bonpland habia llegado el momento de la separacion de su amable y fiel amigo el jóven Soto, y la efectuaban de buen humor, al ver tan feliz á su amigo.

Por lo que respecta á Bonpland, no envidió la felicidad de los dos jóvenes; pero ella le recordaba á su amada Nunn, que habia dejado en Cumana, cuya circunstancia contribuyó á que desease con ansia su partida.

Se separaron pues los dos naturalistas de la compañía del jóven Soto, del Gobernador y de la amable Arabela, cuyo agradecimiento no conocia límites, y al partir recibieron las mayores muestras de estimacion y simpatías.

Jamas olvidaron Humboldt y Bonpland los felices dias que pasaron en San Fernando de Apure, ni el magnífico viaje en union de Soto, ni el venturoso rescate de las dos niñas cautivas, ni las horas divertidas en la boda de Arabela.

Ambos llevaban en su corazon la conciencia de haber hecho grandes é importantes cosas en favor de las ciencias naturales.

Ultimamente habian visto los dos célebres brazos del Orinoco, que hacian una fuerte impresion en ellos al contemplarlos en el punto donde se separan, y donde sobresalen rocas de granito, de una altura de siete mil ochocientos piés.

Allí fué donde Alejandro de Humboldt reunió materiales importantes y esplicaciones instructivas, para la formacion de una hidrografia comparativa.

La relacion de sus descubrimientos y observaciones en el Orinoco, Apure, Atabapo, Rio-Negro y Caciquiare, forma una parte integrante de la historia de las ciencias naturales. Allí explica las proporciones físicas del suelo, comparando los fenómenos idénticos del Mundo antiguo y los de la América del Sur, abriendo á la ciencia una vista importante sobre la analogía de las formas naturales y las leyes dominantes de nuestro globo, así como de sus manantiales de agua.

Despues de una navegacion de cerca de tres meses, en que los viajeros habian recorrido en una lijera canoa mas de quinientas leguas, por los cinco grandes rios ántes mencionados, bajo un ardiente cielo, arrojando grandes peligros casi diariamente, y mortificados por la terrible plaga de los insectos, arribaron al fin, á media-

dos de Junio de 1800, á la ciudad de Angostura, capital de la provincia de la Guayana, donde fueron bien recibidos por el Gobernador.

Pero las penalidades porque pasaron habian debilitado sus fuerzas de tal manera, que Humboldt tuvo que detenerse un mes en Angostura, á causa de una fiebre maligna que lo postró en cama. Tambien el estado sanitario de Bonpland inspiraba sérios temores; pero al fin restablecidos ambos de sus enfermedades, emprendieron su marcha para Cumana. Bonpland, para ver á su prometida, y Humboldt con nuevos proyectos de accion en provecho de las ciencias, que consistian principalmente en ir desde Cumana á la isla de Cuba, y de allí á México. A la investigacion científica de la Nueva-España, se propuso dedicar todo un año. Concluido este viaje, intentaban los dos amigos visitar las Islas Filipinas, poco conocidas entonces, y al fin, despues del enlace de Bonpland con Nunu, volverse á Europa.

Estos eran sus proyectos; pero en el libro del Destino estaba escrito de otro modo.

FIN DEL TOMO CUARTO, Y DE LA SEGUNDA SECCION.

INDICE

DE LA SEGUNDA PARTE DE LA SEGUNDA SECCION. HUMBOLDT Y BONPLAND.

<u>Cap.</u>		<u>Pág.</u>
Cap. I.	Catástrofe en cincuenta segundos.....	9
Cap. II.	Ascension al Cerro de la Silla.....	17
Cap. III.	Agar en el Desierto.....	35
Cap. IV.	Un sér encantador.....	54
Cap. V.	El señorito Tití.....	74
Cap. VI.	La vida de los esclavos.....	84
Cap. VII.	D. Ignacio y sus hijas.....	105
Cap. VIII.	Sobre el Orinoco.....	133
Cap. IX.	Una noche de terror.....	147